



© Miguel Lorenzo

JOSÉ MARÍA LÓPEZ PIÑERO, AMIGO Y MAESTRO

EN RECUERDO DEL HISTORIADOR DE LA CIENCIA

Manuel Costa

El pasado mes de agosto nos dejó José María López Piñero. En los rigores agosteos, mientras practicaba deporte en el apacible valle de Aguas Vivas, recibí una llamada del ex rector Paco Tomás. Me daba la fatal noticia de la muerte de nuestro común amigo José María. Impresionado me senté en una vereda contemplando aquel hermoso valle; frente a mí, los escarpados picos de la Sierra de las Agujas y en el fondo, los cultivos, ordenados con una plácida armonía mediterránea. Contemplando aquel paisaje desfilaron por mi mente recuerdos y vivencias con José María, recordé encuentros, conversaciones, lecturas, trabajos comunes, conferencias compartidas, etc.

Hablar del profesor López Piñero no es fácil. Se han publicado ya gran cantidad de notas y recordatorios más o menos formales, y en todos ellos se resalta su obra y su autoridad en el campo de la historia de la ciencia, sus trabajos, las academias de las que era miembro, los premios, etc. De todo lo escrito, me llamó la atención la que le dedicó Luis Berenguer en *El País*, el 17 de agosto; y me llamó la atención porque daba de él una visión diferente, más humana, destacando su carácter libre, dialogante, ameno en la conversación, simpático y sensato. Yo añadiría, además, espontáneo, sobre todo en los últimos años, en los que no ponía el más mínimo freno a la hora de expresarse y dar opinión, lo que a veces nos hacía pasar algún que otro apuro a los que estábamos cerca de él, sobre todo a su esposa María Luz y a mí, que solíamos saber por dónde iba a salir, según el escenario o el ambiente en el que se encontraba.

■ LA BOTÁNICA EN LA OBRA DE LÓPEZ PIÑERO

Mi relación con José María se remonta a más de treinta años, desde mi llegada a la Cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia de la Universitat de València, y por la amistad que él ya tenía con mi hermano Pedro, médico y discípulo suyo al que dirigió, junto con el profesor Camino de la Universidad de Brown (EEUU), su tesis doctoral sobre *El*

swnw en la sociedad egipcia del Imperio Antiguo. Estudio de las inscripciones existentes relativas a médicos de dicho Imperio. Dos cosas hicieron que de inmediato congeniásemos: por un lado mi afición por la historia en general y por la de la ciencia en particular, consecuencia de aquellas pinceladas de formación humanística que tenían los estudios de farmacia de seis años que yo cursé. Por otro, su sólida formación botánica, que le hacía ser un gran conocedor del mundo de las plantas y de la historia de las medicinales, tanto europeas como americanas.

Este fue el punto de partida, y José María confirmó y cimentó mis aficiones históricas y sobre todo, me enseñó. Con él compartía la idea de la necesidad del conocimiento de la historia de la ciencia, en cualquiera de sus campos, lamentando la desaparición en las facultades de las cátedras de historia y la formación humanística de los científicos. Iniciamos una relación que se convertiría en sólida amistad a través de la cual descubrí un panorama nuevo en el campo científico de la botánica y la historia de esta ciencia, que yo creía conocer y que se agrandó de una manera inimaginable, enseñándome rincones de la misma que me convencerían aún más de la necesidad humanística e histórica en las ciencias. Yo no pude compensarle enseñándole botánica porque sabía mucha y había hecho un gran esfuerzo buscando las equivalencias entre los repertorios de plantas medicinales con los nombres válidos actuales, tarea nada fácil y que él había llevado a cabo con rigor y solidez científica, contribuyendo con ello, en parte, a mitigar el atraso que había en los estudios de la botánica prelineana.

Repasando sus publicaciones encontraremos gran cantidad de ellas dedicadas a la botánica y a la historia natural y a los hombres que las cultivaron, por ello dedica algunos trabajos a Jaime Honorato Pomar (ca. 1550-1606) y a Pedro Jaime Esteve (ca. 1500-1556), entre otros. Su interés por la botánica era tal que no olvidaré su sonrisa y sus ojos alegres e incrédulos cuando le regalé *The Plant Book. A Portable Dictionary of the Vascular Plants*, de Mabber-

«HABLAR DEL PROFESOR LÓPEZ PIÑERO NO ES FÁCIL. SE HAN PUBLICADO YA GRAN CANTIDAD DE NOTAS Y RECORDATORIOS MÁS O MENOS FORMALES, Y EN TODOS ELLOS SE RESALTA SU OBRA Y SU AUTORIDAD EN EL CAMPO DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA»

ley publicado por Cambridge. Allí tenía por fin, a su alcance, los nombres válidos de las plantas con sus autores, distribución y en algunos casos sus usos y propiedades. Pasaría a ser un libro siempre cercano para la comprobación de las equivalencias.

La lectura de sus obras y mis conversaciones con él me permitieron darme cuenta del concepto integrador que tenía de la historia, trazando unas tupidas redes a través de las cuales se relacionaban personas, conceptos, circunstancias, situaciones sociopolíticas, etc., de tal manera que te situaba en medio del escenario histórico y te lo hacía más comprensible. Todo ello no exento de una componente humanística y literaria; con razón decía que recurría a Defoe, al *Decamerón* o a la sátira contra los médicos de Petrarca y a otras obras, sin excluir los tratados de filosofía, el cine y las historietas.

■ SU PAPEL COMO DIVULGADOR

José María López Piñero no descuidó nunca su interés por la alta divulgación científica, como demuestran sus publicaciones en Labor, Espasa, Salvat o los amenos volúmenes de la Fundación del Colegio Oficial de Médicos de Valencia, siendo una de sus últimas publicaciones un pequeño y simpático catálogo, ilustrado por él mismo, sobre *Plantas del Alto Palancia. Medicinales, venenosas o meras supersticiones*, dedicado a la comarca tan querida por José María.

Me invitó a participar en una serie de colaboraciones, comenzando por el capítulo dedicado a la botánica en el cuarto tomo sobre ciencia de la monumental obra *España* de Espasa Calpe. Me animó a escribir la introducción científica de la edición facsímil que la Generalitat

Valenciana hizo en 1995 de la obra de Cavanilles *Icones et Descriptiones Plantarum quae aut sponte in Hispania crescunt aut in Hortus hospitantur* de 1791. En 1996 nos divertiríamos preparando la exposición y el catálogo que organizó Bancaja sobre *Las plantas del mundo en la historia. Ilustraciones botánicas de cinco siglos* y en la que, junto a un fantástico equipo de jóvenes entre los que estaban Felipe Jerez, Cristina Sendra, Jesús Ignasi Català y María José López, reunimos una excelente colección de iconografía botánica y recorrimos la ciencia de las plantas desde la antigüedad hasta nuestros días. Esta obra y exposición dio lugar a una serie de conferencias que nos traería una nueva experiencia, las conferencias compartidas, donde José María y yo nos repartíamos la presencia.

Me habría gustado llevarle al campo y que viese conmigo las plantas en el medio, pero José María era hombre de biblioteca y no de campo. Me confabulé con María Luz para, desde Altura, buscar una oportunidad para subir en coche a la cumbre de Javalambre, pues me hacía ilusión explicarle los pisos bioclimáticos y cómo se sucedían los diferentes tipos de vegetación con la altura, pero nunca accedió a ello.

Me había mostrado su interés y se entusiasmaba con lo que yo le contaba sobre ecología vegetal, biogeografía y bioclimatología, sobre los relatos que le hacía de mis viajes a Venezuela y mis andanzas por el Orinoco. Hablábamos de José Gumilla y *El Orinoco ilustrado*; de Humboldt y de su estancia en La Esmeralda, lugar que yo conocía, también de Mutis y del encuentro entre ambos científicos. Hablábamos de estos personajes, analizando sus peripecias y sus obras bajo una doble visión, geobotánica e histórica, muy enriquecedora para ambos.

«UN CIENTÍFICO DE LA
TALLA DE LÓPEZ PIÑERO,
CON SU FORMACIÓN
HUMANISTA, NO ERA
INDIFERENTE A LA
LITERATURA Y A LOS
TEXTOS FILOSÓFICOS
O AL CINE, SIN OLVIDAR
LA POESÍA»

El catedrático de Historia de la Medicina José María López Piñero, a la izquierda, y el autor de este artículo, el catedrático emérito de Botánica Manuel Costa.



UNA AUTÉNTICA REVOLUCIÓN VEGETAL



La escuela botánica valenciana del Renacimiento: Pedro Jaime Esteve, Juan Plaza y Jaime Honorato Pomar

José María López Piñero
Consell Valencià de Cultura. Valencia, 2010.
180 páginas.

La escuela botánica valenciana del Renacimiento es la obra póstuma del profesor José M^o López Piñero, presentada el pasado septiembre. El libro contiene una gran cantidad de información histórica, en reconocimiento a las innovaciones que desarrolló la Facultad de Medicina de Valencia, una de las más importantes y vanguardistas en la creación de nuevas cátedras. La intención de este libro es hacer una revelación prácticamente desconocida para la mayoría de los ciudadanos, y es que «la botánica y la morfología son las vertientes más destacadas de la tradición valenciana en el terreno de las ciencias médicas y biológicas». El profesor López Piñero nos lo quiere dar a conocer de primera mano, partiendo de las fuentes originales, con una extensa antología de textos e imágenes, resultado de una investigación histórico-médica de las plantas medicinales estudiadas en el Renacimiento dentro del terreno de la farmacoterapia.

El Renacimiento representa una etapa de cambio en el estudio de la botánica y de su uso, suscitado por el detallado estudio de la flora europea y por los grandes descubrimientos portugueses y españoles en las Indias Orientales y en América. Cambio que merece llamarse «revolución vegetal», ya que, además, fue la principal innovación de la medicina renacentista, al aparecer los primeros medicamentos químicos obtenidos mediante técnicas de laboratorio. Las plantas cobran protagonismo porque son parte de nuestra vida, nos dan alimentos, medicamentos, nos complacen en los jardines, nos inspiran en las artes y son representación de símbolos mágicos y religiosos. Y de aquí la contribución de los tres grandes maestros valencianos: Pedro Jaime Esteve, Juan Plaza y Jaime Honorato Pomar, máximos representantes del movimiento humanista valenciano. Los tres se suceden en la innovadora «segunda cátedra de me-

dicina», adscrita a la cátedra de enseñanza de anatomía y de medicamentos simples o hierbas, todo un referente en las universidades europeas del siglo xvi.

El libro es todo un espectáculo de ilustraciones entre dibujos, grabados, pinturas y comentarios de sus obras. Listas de plantas con los nombres populares y científicos, y en ocasiones acompañados de comentarios, como la fuente de origen.

De Jaime Esteve se resalta la traducción latina –como buen conocedor de las lenguas clásicas– de un texto de Nicandro del siglo II aC, la *Theriaca*, donde se ocupa de los síntomas y el tratamiento de las intoxicaciones por mordeduras y picaduras de serpiente, arañas, escorpiones y otros animales venenosos. Y también su trabajo de campo *Diccionario de las yerbas y plantas medicinales que se hallan en el Reino de Valencia*, una lista de plantas que, aunque no muestran ilustraciones, casi todas pueden identificarse porque son muy conocidas y porque se han mantenido hasta ahora las denominaciones de origen. Juan Plaza destaca por la fundación de un «jardín de simples», un huerto de plantas medicinales destinado a complementar la docencia médica, basada en las herborizaciones hechas en diferentes lugares del territorio valenciano. Hacemos notar comentarios de sus estudios escritos en valenciano, así como la difusión de nombres populares de plantas, como la denominación de *fil i agulla* del aloe americano, resultado del estudio de plantas de otros lugares de la Península, así como del Nuevo Mundo. No menos destacable fue su discípulo Jaime Honorato Pomar, con la obra que lleva su nombre, el *Códice Pomar*, una serie de preciosas ilustraciones de plantas y coloridas láminas de animales, obsequio de Felipe II, acompañadas de un breve relato, y que hoy se conserva en la Biblioteca de la Universitat de València.

Culmina el libro una reflexión de lo que supuso este movimiento humanista que pasó del galenismo intransigente al movimiento novator, tendencia que rompió abiertamente con el saber médico tradicional y con sus planteamientos básicos, modernizando la enseñanza de la medicina. Y también en el terreno de la botánica se produce un importante enriquecimiento con el estudio de las plantas procedentes de otras partes del mundo. Todo un placer para dar a conocer la importancia de unos estudiosos valencianos que tanto han contribuido al estudio y divulgación de la ciencia a través del mundo de las plantas.

PEPA REY MARTÍN

Gabinete de Didáctica del Jardín Botánico de la Universitat de València

Teníamos un proyecto común que era la publicación del facsímil de las lecciones que Juan Plaza, catedrático de simples de la Universitat de Valencia, dictó en la Facultad de Medicina en la segunda mitad del xvi. José María hizo el estudio histórico y yo el botánico a través de las equivalencias. Él terminó su parte en el plazo establecido; yo no hice lo mismo con la mía. Por ello su inesperado fallecimiento el mes de agosto pasado hizo que en mí se produjese una doble congoja y una gran tristeza, por un lado, la pérdida de un amigo y, por otro, el que ya no podría ver publicada una obra en la que había puesto tanta ilusión. El retraso en terminar la parte botánica que me correspondía lo había impedido. Cuando escribo

estas líneas el trabajo ya se encuentra en la imprenta y lo publicará en breve Publicacions de la Universitat de València. Será para mí un homenaje póstumo.

■ LA IMPORTANCIA DE LOS MAESTROS

José María López Piñero y yo teníamos otras cosas en común, algunas ya no propias de esta época, como es el respeto y la admiración por nuestros maestros. Él por los suyos, como Laín Entralgo, quien le deslumbró en un ciclo de conferencias sobre la relación médico-enfermo en el Hospital de Valdecilla. A partir de ahí decidió su vocación por la historia de la medicina y el abandono de

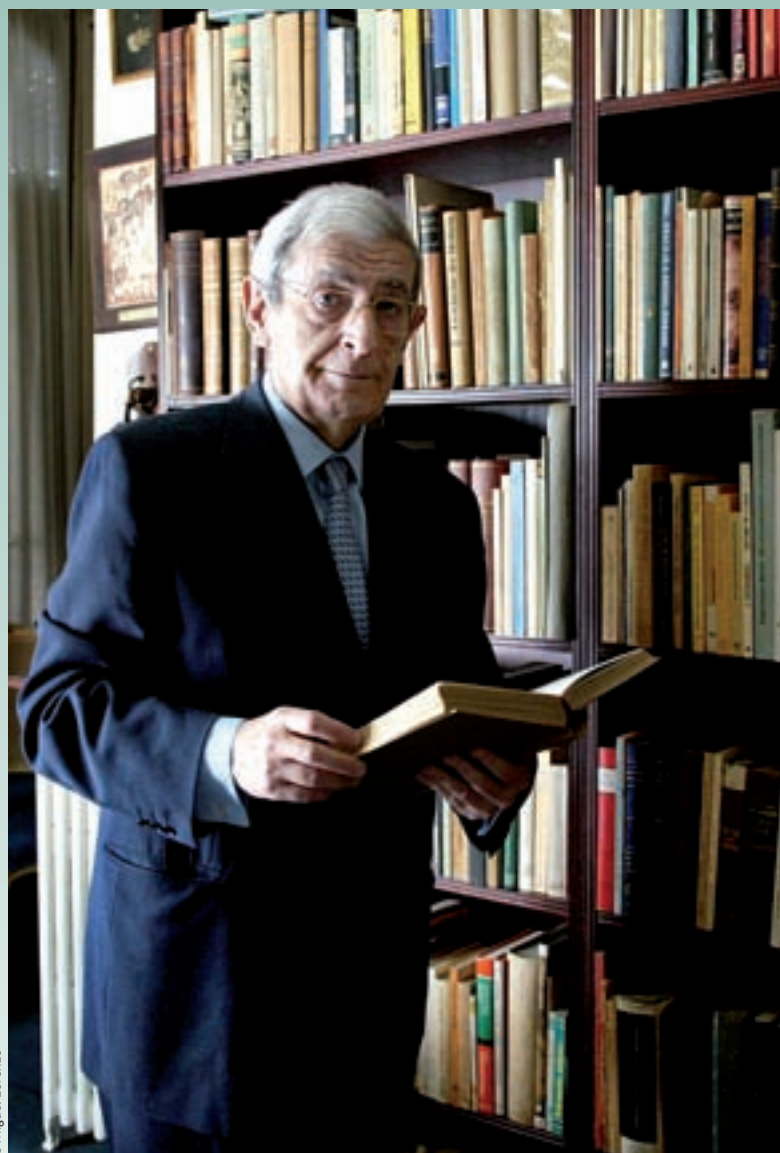
LUCES QUE SE APAGAN

La noticia de la muerte del director de cine Claude Chabrol me hizo recordar que, el pasado verano, nos ha abandonado un puñado de sabios a los que debíamos gratitud, como el historiador del arte Alfonso Pérez Sánchez y el de la ciencia José María López Piñero. Los valencianos debemos reconocer al primero, como mínimo, por sus estudios sobre los pintores Josep Ribera –un librito divulgativo de Pérez Sánchez es una de las cosas más ponderadas y luminosas que he leído sobre el genial setabense– y Jeroni Jacinto Espinosa, entre otros. Nuestra deuda con el segundo es aún más profunda.

José María López Piñero nació en la ciudad de Mula, en Murcia, y estudió medicina en Valencia, donde se doctoró en 1960. Aquí fue catedrático de Historia de la Medicina, desde el año 1969 al 1988, y aquí fundó, en 1985, el Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia –ahora bajo el patronato del CSIC y la universidad valenciana–, que es una de las instituciones académicas de más sólido prestigio con que contamos. López Piñero vivió y trabajó en Valencia durante más de cinco décadas y dedicó una buena parte de sus trabajos a la recuperación de enormes porciones de nuestra historia cultural.

En una sentida necrológica publicada en *El País*, Luis Berenguer Fuster nos hizo saber que, en la década de los sesenta, López Piñero fue un memorable director del Colegio Mayor Luis Vives por su liberalidad, simpatía, sensatez y espíritu dialogante. No cabe duda, pero su figura es mucho más importante que eso. A mi modesto parecer es el historiador de la ciencia española, y especialmente de la medicina, más importante de la segunda mitad del siglo xx. En esta disciplina, su obra es una referencia ineludible. Siguió en ello la huella de precedentes ilustres, como Vicent Peset, Lluís Garcia Ballester o el doctor Cerveró, y, a su vez, nos ha legado un montón de discípulos y colaboradores eminentes, como Víctor Navarro, Vicent Lluís Salavert –desgraciadamente, también desaparecido–, Jorge Navarro, Vicent Graullera y María Luz López Terrada.

La enorme cantidad y variedad de sus publicaciones marea, pero yo destacaría, entre tantas, la participación en el *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, que es una suculenta mina de informaciones sobre la materia, y el seminal, y primorosamente escrito, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos xvi y xvii*. Tampoco podemos olvidar sus pioneros estudios sobre bibliometría –con la colaboración de su mujer, la también historiadora



© Miguel Lorenzo

«JOSÉ MARÍA LÓPEZ PIÑERO CREÍA QUE UNA CORRECTA COMPRENSIÓN DE NUESTRO PASADO CIENTÍFICO –CON SUS LOGROS Y SUS CARENCIAS– ERA UN FUNDAMENTO NECESARIO PARA UN PRESENTE MÁS SÓLIDO Y UN FUTURO MÁS RICO, PORQUE LA CIENCIA, COMO EL CONOCIMIENTO, ES UN PROCESO EN MARCHA QUE LO VINCULA TODO»



María Luz Terrada—, sobre Cajal, sobre Darwin, etc. Menos todavía, porque nos toca de más cerca, los trabajos que dedicó a la ciencia y la cultura valencianas, como la *Història de la ciència al País Valencià*, con Víctor Navarro, o el breve y delicioso *Joan de Cabriada i la introducció de la ciència mèdica a Espanya*, o sus numerosos estudios sobre la tradición científica en nuestro país desde el Renacimiento a la Ilustración. De paso, diré que nuestro autor no tuvo nunca ningún problema en publicar textos en valenciano, como demuestran los dos últimos títulos que he mencionado y corroboran diferentes artículos de su pluma en revistas como *Afers* y *MÈTODE*. López Piñero conocía y apreciaba como pocos la historia intelectual de este país, que hizo suyo, y le servía bien. No cabe duda de que estamos hablando de una gran figura.

Como es notorio, la de la ciencia en España no ha sido una historia aparatosamente brillante, precisamente (y solo dentro este conjunto, más bien raquíptico, se puede decir que la aportación valenciana ha sido bastante digna), pero la desidia ignorante con la que después se la ha tratado ha hecho que pareciera aún más triste de lo que en realidad era. La pila de datos que López Piñero nos ha rescatado, y las sensatas apreciaciones con las que los acompañaba, han contribuido mucho a que podamos hacer una evaluación más justa de este campo. Sin duda, él creía que una correcta comprensión de nuestro pasado científico —con sus logros y sus carencias— era un fundamento necesario para un presente más sólido y un futuro más rico, porque la ciencia, como el conocimiento, es un proceso en marcha que lo vincula todo. Por ello, le habría dolido la noticia, aparecida este verano, de que la sanidad pública, en el País Valenciano, funciona peor que en ninguna otra autonomía del Estado. Y no porque nuestros médicos sean incompetentes. Como los valencianos, como es sabido, no nos ponemos nunca enfermos, no nos hace falta mejorar hospitales ni asistencias, y por eso nuestros gobernantes tienen unas prioridades mucho más urgentes —como cerrar repetidores de TV3, que es un canal de lo más deletéreo para la salud pública—. Así, mientras los sabios van abandonándonos, nuestro historial médico va como va.

ENRIC SORIA
Ensayista y poeta (Barcelona)

Este artículo se publicó en el suplemento *Quadern* del diario *El País* el pasado 16 de septiembre de 2010.

la cardiología, que inicialmente le interesaba. Leibbrand en Munich, su maestro alemán, Steudel en Bonn y sobre todo Erwin H. Ackerknecht en Zurich, otro de sus admirados maestros, quien probablemente influyó en su concepto social de la historia y en el valor de la medicina en la vida cotidiana. Maravall fue otro de los personajes que José María admiraba y comentaba con agradecimiento las «clases particulares» que le daba a través de sus largas cartas, respuesta a las preguntas que le hacía. Yo le hablaba con el mismo respeto y admiración de mis maestros Rivas Goday, que movió mi vocación por la botánica, y Rivas-Martínez, que me mostraría el apasionante mundo de las comunidades vegetales, de la biogeografía y de la bioclimatología y gracias al cual tuve la suerte de conocer a maestros que influirían profundamente en mí, como Tüxen en Alemania y Gehu en Francia. Valorábamos las enseñanzas de nuestros maestros porque reconocíamos la grandeza de las mismas, por ello José María solía decir «soy un enano que ha caminado a hombros de gigantes». Aquellos gigantes eran Laín Entralgo, Maravall, Leibbrand y Ackerknecht, entre otros.

Un científico de la talla de López Piñero, con su formación humanista, con su preocupación por los problemas sociales, por la salud, por la relación médico-enfermo, etc., no era indiferente a la literatura y a los textos filosóficos o al cine, sin olvidar la poesía y su predilección por Machado, Lorca, Eliot y sobre todo Friederich Hölderlin, poeta lírico alemán que tuvo la sensibilidad de unir la tradición clásica con el nuevo romanticismo y que cantó los ideales de la humanidad como la amistad, el genio, la juventud y la libertad; fue el poeta que dijo: «El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona».

José María López Piñero ya no está entre nosotros, pero nos deja una ingente obra con más de 170 libros publicados, 44 folletos, 466 capítulos de libros, 436 artículos y comunicaciones a congresos y 151 tesis doctorales y de licenciatura, además de prólogos de libros, artículos menores y unos 45 trabajos inéditos, entre los cuales está «nuestro Plaza», que pronto dejará de serlo. ¿Aún crees, José María, que eres un enano? Con tu obra has pasado ya al mundo de los gigantes y en tus hombros nos apoyaremos algunos, y si no podemos hacernos grandes como tú, al menos nos ayudarás a conocer mejor la ciencia y con ello la vida. Ha valido la pena conocerte y ha sido una alegría haber compartido contigo conversaciones, confidencias y trabajos, aunque nunca quisiste subir a Javalambre, por eso yo no me pregunto ¿y ahora qué?, simplemente te doy las gracias por lo que me has enseñado y por la amistad que me has regalado. ☺

Manuel Costa. Catedrático emérito de Botánica de la Universitat de València.